



NUEVA RELACION

DE LOS DESAFIOS, HAZAÑAS Y VALENTIAS DEL MAS JAQUE
DE LOS HOMBRES

FRANCISQUILLO EL SASTRE.

Salga el acero á brillar,
pues soy hijo del acero:
hijo soy de Pedro el Sastre,
y nieto soy de mi abuelo:
Francisquillo soy el Sastre,
el que á nadie tiene miedo,
el que hará que tiemble el mundo
con sus heróicos hechos,

Venid aquí, forradores,
de palos con los pellejos,
pantomimistas de lunes,
revolvedores de pueblos;
llegad los de la madera,
fanfarrones carpinteros,
aunque con vosotros vengan
esos prosas cedaceros,

tejedores, hiladores
juntaros con los barberos,
y salid con este al campo
que tiene perdido el miedo;
labradores, hortelanos,
y esforzados molineros,
hoy os desafia un Sastre
que tiene la sangre hirviendo.
Vengan jueces y abogados,
escribanos marrulleros
que á un plumazo que os dé
os dejaré sin aliento:
venga Bernardo el del Carpio,
ese guerrero soberbio
con su espada y su rodela,
que no le teme este pecho;
venga el moro Brabonel,
ese jaqueton lancero,
que le quitaré el turbante
y le haré cristiano nuevo;
venga el mismo Fierabrás,
vengan Roldan y Oliveros,
y hasta Cásio-Magno venga
si perd ~~el~~ ~~rejo~~,
vengan hoy todos los guapos,
lleguen aquí barateros;
venga el soberbio mas grande
capitan de bandoleros;
vengan los Ponces de Leon,
los Guzmanes y Carreros,
vengan cuantos hijos-dalgos
ponen los pies en el suelo;
venga aunque sea Luzbel
con todos sus compañeros,
que á estocadas les haré
que vuelvan á los infiernos;
y pues nadie venir quiere,
que todos me tienen miedo,
vereis hazañas de un Sastre
que ahora contarlas quiero.
Apenas cumplí veinte años
salí un dia de paseo,
como me hallaba en Madrid,
hasta el puente de Toledo,

llegué á un juego de cané
que habia mucho dinero,
y pregunté, quién cobraba
los ochavos, muy lijero.
Un granadero salió
de los de morro con pelo,
que por habano en su boca
podia llevar mi cuerpo;
le dije: ponte en defensa;
y me respondió: trastuelo;
saco al punto mis tijeras
y él el sable sacó luego,
pero le aproveché poco,
que á los dos brincos primeros
el pescuezo le corté
como si fuera de sebo.
Sin pena ni sobresalto
fui siguiendo mi paseo
y llegué á Carabanchel
á beber el vino fresco;
catorce guardias civiles
incluso con su sargento,
llegaron á mí ~~á~~ ~~para~~ ~~lo~~ ~~mirar~~,
y me dicen: date preso.
Por cima brinqué de todos,
y ellos disparan á un tiempo,
mas ninguno me tocó,
que fue tener mal acierto.
Viendo tan buena ocasion,
tiro al punto de mi acero
y á todos los despaché,
este quiero, este no quiero.
Libre de aquella maraña
pillo pies para Toledo,
donde á nadie conocia
y me hallaba sin dinero;
en un café me metí
donde habia muchos necios,
y á tratarme principiaron
como perro forastero.
Yo, con toda mi prudencia
les dije: señores, quedos,
que soy Francisquillo el Sastr
el terror del universo.

Se miran unos á otros
apenas aquesto oyeron,
de risa están reventando
y yo de coraje lleno.
Saco al punto mis tijeras,
á cortar retal comienzo,
de brazos, pechos y piernas
sin olvidar los pescuezos;
treinta y ocho dejé allí
arrastrados por el suelo,
y yo me puse en la calle
mas fresco que el mes de enero.
Me fui á una fonda, y allí
lo que pedí me sirvieron;
y con un abonaré
pagué todo por entero.
Marché para Andalucía,
y al pasar Despeñaperros
diez ladrones me asaltaron,
pero yo siempre sereno.
Les pregunté qué querian;
me respondieron: dinero;
les dije: no tengo, pero tengo
lo que yo tengo es acero,
y lo que desearia
el ser compañero vuesiro,
para que sepais quien soy
y la destreza que tengo.
Me admitieron muy gustoso
y á una venta no muy lejos
fuimos todos á comer,
y nos regaló el ventero;
allí pasamos la tarde,
y ya que el sol era puesto,
me dan una carabina
y cartuchos mas de ciento.
Como una legua anduvimos
cruzando montes y cerros,
hasta que á un sitio llegamos
que parece contadoro;
toda la noche anduvimos
guardando el mayor silencio
por ver si alguno pasaba
para despojarlo luego.

Fue nuestra suerte contraria,
pues no vimos ni á un mochuelo.
que son aves de rapafia
cual mis dignos compañeros.
Siendo ya de dia claro
abandonamos el puesto,
y todos juntos marchamos
á un cortijo no muy lejos;
allí almorzamos en grande
sin costarnos el dinero,
y despues fuimos al monte
á darle tributo al sueño;
los diez á dormir se echaron
bien calientes del cerebro,
y yo siempre con afan
de alimentar á mi acero.
Apenas los ví dormidos
bufando como unos puercos,
saco mis finas tijeras,
y principio á cortar cuellos.
A los diez dejé difuntos
y á registrarlos començamos
entre todos les hallé
cerca de ochocientos pesos.
Viéndome con esta suma,
sin detenerme un momento
para Málaga marché,
adonde llegué contento.
Paseándome una tarde
solo por tomar el fresco,
conocí que se burlaban
de mí cuatro pintureros;
me arrimé á ellos y dije:
señores, soy forastero,
sastre soy en todas partes,
y así tened miramiento.
Apenas oyeron sastre,
¡mira qué empeño! dijeron,
entre tres hacen un hombre
y aun estira su pescuezo.
Apenas aquesto oí
meto la mano á mi acero;
no hice mas que ras, ras,
y dié los cuatro muertos

Como era el anochecer
y mis pies que son el viento,
en un pestafiear, me puse
de la ciudad bien adentro.
Entré en una gran posada,
pedí cena y me sirvieron,
y en cama de tres colchones
pasé la noche en un sueño.
A otro día de mañana
enté en casa de ir prendero;
y compré todo un vestido
á estilo de malagueño.
De Málaga pasé á Ceuta
á ver unos compañeros
que por sus buenos servicios
allí se hallaban de asiento;
estuve unas tres semanas
sin tener ningun tropiezo,
y por no matar cristianos
me pasé á los moros luego.
En Tánger, una noche, á diez
les agujeré el pellejo,
tanto que por cada herida
de Tánger pasé á Argel;
me estuve allí mes y medio
mandando todos los dias
cuarenta y cinco al infierno.
Me marché á Constantinopla,
capital de siete imperios,
donde está aquel gran señor
rey de sesenta y tres reinos,
aquí seis meses estuve,
en los cuales habré muerto,
pasados de veinte mil;
no hablo mas porque no quiero,

y nadie me contradiga
si conservar quiere el cuerpo,
que mis entrañas están
peor que un rabioso perro;
que en sacando mis tijeras,
que son dos armas á un tiempo,
pincho, corto y entresaco
las entretelas del pecho;
¡cuántos en la sepultura
están solo por el miedo
de verlas ensangrentadas
rebozadas de pellejos!
Esto os lo dice un sastre,
poquito pico y silencio,
que el que no lo quiera creer
se lo hará creer mi acero,
y así, por ahí me vereis
en el año venidero,
que entre los musulmanes
pienso parar poco tiempo;
y así, nadie de los sastres
se chulee y ande con tiento,
que tambien los sastres son
de carne y pellejo;
y os digo á mas á mas,
que tienen en sus adentros
corazon, hígado y bazo
y su cuajo bien repleto.
Aquí dan fin mis proezas,
mis arrojos y mis hechos,
comer, beber y dormir
es lo que desea el cuerpo;
que al que se muere le entierran
como sucedió al tío Prieto,
que nadie se acuerda de él
ni yo tampoco me acuerdo.

MADRID.

Despacho de Marés y Compañía, «uanele», 19